

1306694

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

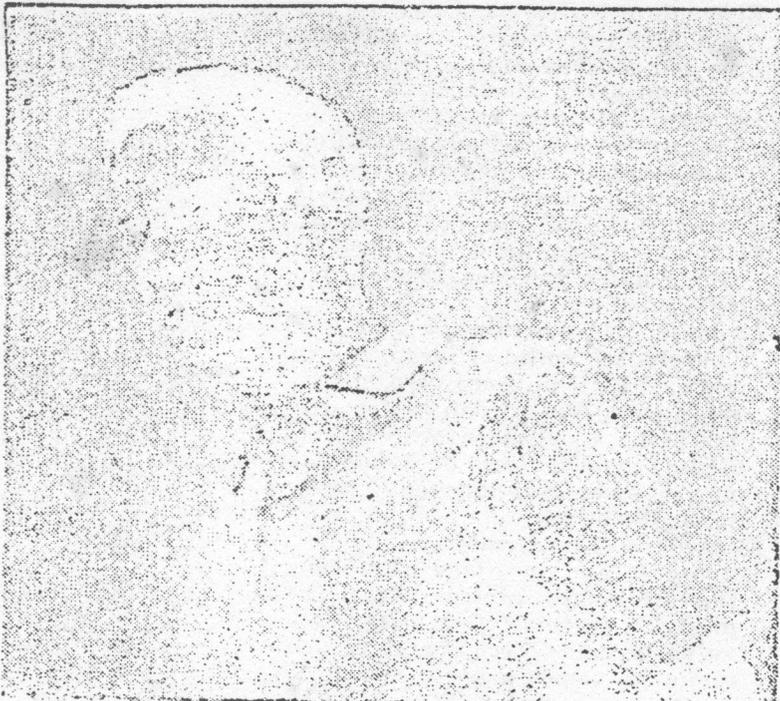
Facultad de Humanidades
IFR-RP

LOS

Mayo 4
de 1959

ACCOSADOS

8



Matías Montes Huidobro nació en 1931. Ha colaborado en Bohemia Nueva Generación, Prometeo, Mensuario del Ministerio de Educación, Carteles y REVOLUCION. Ganó una mención honorífica en el concurso Prometeo de 1959 por su obra "Las Cuatro Brujas" y obtuvo el primer premio en el mismo concurso en 1951 por su obra "Sobre las mismas rocas". Tiene además una novela inédita El Muro de Dios de la que publicaremos un fragmento en número próximo.

por

Matías

Montes

Huidobro

Los Personajes:

El hombre.
La mujer.

El Espacio y el Tiempo:

La acción se desarrolla en Cuba en un espacio concreto, limitado. El tiempo transcurre en escena, liberado, durante varios meses.

La Escenografía:

Es sencilla. Dos sillas. Una puerta. El fondo del escenario estará en función de la puerta. La puerta será el secreto, la clave de la escenografía. Sin embargo, no será cuestión de tamaño ni de ubicación central. Es una cuestión de atmósfera, de inspiración, de secreto. En fin, una puerta fascinante que supere todos los méritos de la obra y su representación. A través de la puerta penetrará una luz intensamente amarilla.

Las Luces:

Ayudarán a crear una atmósfera y jugarán dramáticamente. Al fondo, ya lo dije, la puerta y su luz. Al frente, donde la acción transcurre, las luces han de ser claras, sin crear nunca la chocante claridad de un mundo totalmente real y definido.

El Movimiento:

Rápido. Tal vez alucinante.

El hombre y la mujer están junto a la puerta, tal vez como saliendo de su interior, pero no se puede determinar exactamente.

La mujer: Es bonito. Mientras más lo miro más me gusta.

El hombre: El cuarto es pequeño. En un cuarto más grande luciría mejor todavía.

La mujer: Eso será cuando nos mudemos.

El hombre: Entonces tendrá que esperar para lucir como debe.

La mujer: ¿Crees que nos demoraremos en mudarnos?

El hombre: No debemos pagar un alquiler más caro. Ahora, por lo menos.

La mujer: Ocho meses, todavía nos quedan ocho meses.

El hombre: El tiempo pasa volando. Ya verás.

La mujer: Ahogadamente. ¿Sabes en lo que nos hemos metido?

El hombre: Sí, lo sé, pero era necesario, ¿no es así?

La mujer: Sí, es cierto, era necesario. No podíamos seguir sin el juego de cuarto.

El hombre: Debemos pagarlo cuanto antes.

La mujer: Uno no sabe lo que puede suceder. No sé como vamos a hacer para pagarlo.

El hombre: Ya veremos. De todas formas el dinero nunca nos alcanza. Lo sacaremos de alguna parte.

La mujer: Sí, de alguna parte, pero de la comida no podrá ser.

El hombre: No podíamos vivir sin muebles, ¿no es cierto? Tú eras la primera en lamentarte. Nos arreglaremos. Ya tú estabas desesperada. Ahora nos sentiremos mejor.

La mujer: ¿De veras lo crees? Son tantas cosas... Uno nunca deja de querer y desear. Ahora, al menos, podremos respirar, soñar, dormir en una buena cama... En fin, seremos felices nuevamente... ¿No tie-

nes miedo? Yo ya le tengo miedo a todo. Hasta moverme. Tenemos que comprar un colchón nuevo.

El hombre: Nunca estás conforme con nada. Nunca eres paciente y tienes calma.

La mujer: ¿Pasaste por tu casa?

El hombre: Sí. Madrina va mañana a hacerse la radiografía. No se le quita el dolor del brazo. Me encontré con mi mamá por el pasillo esta mañana y estaba llorando. ¿Qué será lo que ella tiene?

La mujer: Debieron comenzar por la radiografía. Ya te lo dije.

El hombre: Estoy preocupado.

La mujer: No te preocupes. Estoy segura que no es nada.

El hombre: Uno vive en un torbellinos. Son demasiadas las cosas que tenemos en la cabeza.

La mujer: Dejaste encendida la luz del cuarto. Nunca tienes cuidado.

El hombre: No vamos a discutir por eso. Ahora voy a apagarla. Además, no son muchas bujías. Pero el no va a apagarla, ni ella.

La mujer: Después queremos comprar un televisor para la niña. Nunca se acaba. Y si nos dejan cesante... Aquí nunca hay un trabajo seguro. No sé qué nos haremos.

El hombre: Ya salimos del juego de comedor. Ya veremos. Dios apricia pero no ahoga.

La mujer: Un poco en dirección a la puerta. Es bonito el juego, ¿no te parece? Pero un poco caro, demasiado caro. Nos quedan cuatrocientos pesos a pagar en ocho meses. Es una agonía. No sé de donde vamos a sacar esos cincuenta pesos todos los meses.

El hombre: Ya veremos...

La mujer: Con inusitada alteración y movimientos rápidos. Ya veremos! ¡Ya veremos! Todo se te vuelve ya veremos. Pero con el ya veremos no vamos a hacer nada. ¿Y si me dejan cesante? ¿Entonces qué nos hacemos?

El hombre: No empieces a pensar lo peor. Después de todo es un acto heroico. ¿No te sientes enaltecida con este secreto heroísmo?

La mujer: con desdén. ¡Es tan risible!

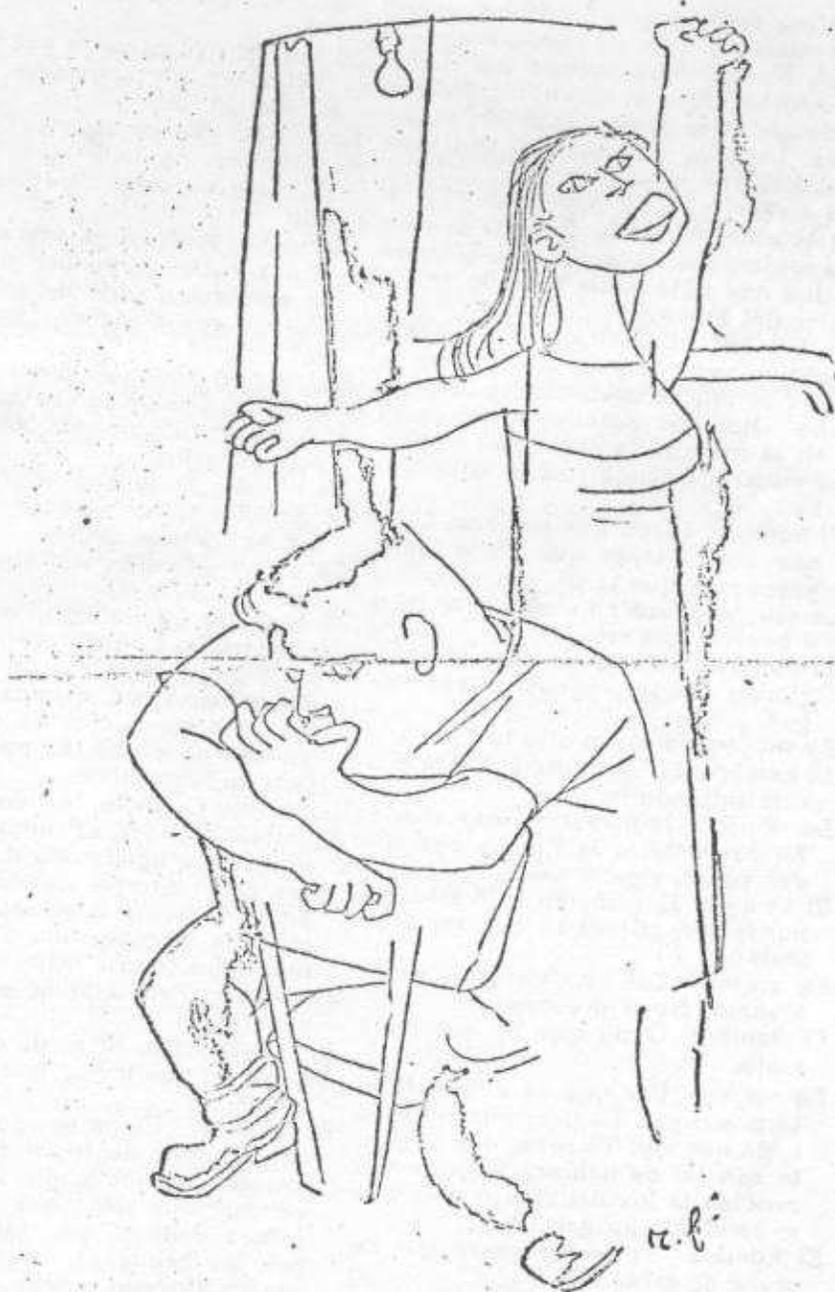
El hombre: Tú no llegas a entenderlo. Nada más que te detienes a pensar lo peor.

La mujer: Después serás el primero en tirarte de los pelos. Te conozco. Entonces seré yo la que tenga que calmarte.

El hombre: ¿Por qué nunca estamos de acuerdo? ¿Por qué no nos ponemos de acuerdo para desesperarnos? Es como si no nos quisiéramos.

La mujer: Tú siempre me acusas de que yo pienso lo peor. Pero no es cierto.

El hombre: ¿Qué quieres que te diga? No se puede vivir con una mujer como tú. Antes no podías vivir



- sin el juego de cuarto; ahora no puedes vivir con él ¿Per qué no te conformas y te callas?
- La mujer:** Para ti todo es muy fácil. Todo es muy fácil para ti.
- El hombre:** Podíamos haber comprado otro más barato.
- La mujer:** Tú bien sabes que estaban horribles.
- El hombre:** Es una desgracia tener buen gusto y ver las cosas buenas. Uno nunca aprende a conformarse.
- La mujer:** Empezando por ti. Tú eres el primero.
- El hombre:** No empezamos con lo mismo. Yo no he dicho que fueras tú.
- La mujer:** Pero eso es lo que parece.
- El hombre:** Esta discusión no nos conduce a ninguna parte.
- La mujer:** ¿En que te lo tiene que llevarnos a algo? Tú siempre me estás echando la culpa de todo, como si yo fuera culpable de todo lo que pasa.
- El hombre:** Yo no he dicho eso, yo te lo dije. No quiero seguir dándote explicaciones. Vamos a salir de esto. Ya comienza a ponerte de mal humor.
- La mujer:** El que se pone de mal humor eres tú. Es que tú no te estás viendo.
- El hombre:** ¿Por qué no nos ponemos a disfrutar de lo que tenemos? Yo creía que con el juego de cuarto te ibas a poner contento.
- La mujer:** Lo estoy. De veras que lo estoy y soy feliz.
- El hombre:** Sabes que Madrina se sintió peor hoy. Los dolores no se le quitan.
- La mujer:** Estábamos hablando del juego de cuarto.
- El hombre:** Pero no vamos a pararnos la vida hablando de lo mismo.

Hace un mes que hablamos de él.
La mujer: Es que me siento feliz con él. No quiero enturbiar esa dicha.
El hombre: Pero es inevitable. No podemos dejar de hablar de ese asunto. Después de todo está ahí. Los dolores no se quitan.
La mujer: ¿No es posible evadirlo?
El hombre: Ahora le duele la pierna.
La mujer: Eso me desespera. Ella me dijo que se le había aliviado el dolor del brazo.
El hombre: Sí, del brazo se siente mejor, pero después que se hizo la radiografía le duele mucho la pierna. Dice que cuando la acostaron en la mesa se la apretaron mucho.
La mujer: ¿Cuándo está la radiografía?
El hombre: Dicen que mañana. Creo que voy a tener que darle cinco pesos para que la paguen.
La mujer: ¿Pero no decían que iban a hacerle una rebaja?
El hombre: Eso no se sabe todavía. ¿Sabes qué le preguntó el radiólogo?
La mujer: Ya me lo dijo tu mamá.
El hombre: Es un imbécil. Ahora ella está intranquila.
La mujer: Impersonal, angustiada. Le preguntó si la habían operado del pecho alguna vez.
El hombre: Es estúpido todo esto. No puede ser. ¿Crees tú que sea algo malo?
La mujer: Las radiografías están mañana. No te preocupes.
El hombre: Ojalá que no sea nada malo.
La mujer: ¿Por qué va a serlo? No te preocupes. La pregunta no tuvo nada que ver. Tú sabes que la gente con tal de hablar... Dejaste encendida la luz del cuarto. Siempre se te olvida apagarla.
El hombre: Yo tengo ganas que se acabe de saber todo.
La mujer: A veces tengo miedo de entrar en el cuarto. Temo que el juego de cuarto no esté, que abra la gaveta y sólo encuentre los recibos. Nada más que los recibos. Es ridículo y dan ganas de reír cuando se dice así, pero a veces da miedo. ¡Nos hemos esforzado tanto!
El hombre: Uno se desespera con esta incertidumbre.
La mujer: Desesperada. Vamos a hablar de otra cosa.
El hombre: Sí, es lo mejor. Mañana cobro.
 Hay un largo silencio. Los dos están sentados, abrumados, en las sillas. Las luces se van oscureciendo como en el crepúsculo, pero el escenario no llega a quedar a oscuras. La luz del cuarto se acrecienta en intensidad. Ella se pone de pie y camina hacia la puerta. Se ve en ella.
La mujer: ¿Te pagaron ya?

aclara algo. La luz del cuarto decrece.
La mujer: ¿Te pagaron ya?
 El sigue sin responder y en la misma actitud.
La mujer: ¿Te pagaron ya?
El hombre: En la misma posición. Sí, pero no pude cambiar el cheque.
La mujer: Mañana yo voy a la mueblería y pago el primer plazo y así se empieza a salir de esa cuenta. Ya nos queda menos. ¿Qué te pasa?
El hombre: Acabo de pasar por casa.
La mujer: ¿Hablaste con tu mamá?
El hombre: Ella no sabe nada. Me lo dijo mi prima.
La mujer: ¿Pero qué le pasa?
El hombre: Tiene el cuerpo minado. Ya no tiene remedio.
La mujer: ¿Quién te lo dijo? ¿Quién te habló de eso?
El hombre: La radiografía. Yo vi la radiografía. La radiografía del brazo y de la pierna y de la cara y del cráneo. Está minada. Lo tiene en todos los huesos de su cuerpo. Ya ella no existe. El no le ha dejado un lugar libre.
La mujer: Cálmate. No te pongas así.
El hombre: Sabes, es como si alguien se hubiera apoderado de sus huesos, de su cuerpo. Cuando tenemos un mal, somos nosotros y alguien más. Es la compañía. Ya no estamos solos nunca más.
La mujer: Pero ella no se ha dado cuenta.
El hombre: No, no se da cuenta.
La mujer: Es mejor que no se de cuenta.
El hombre: ¿Cómo es posible estar podrido por dentro durante tanto tiempo sin que nadie lo sepa? Y pensar que tiene que pasar por tantos dolores, por tantas cosas, por las pequeñas, asquerosas penas. Es absurdo y estúpido que tenga que pasar por ellos. Y va a costar dinero. Las enfermedades cuestan. Rie. Un mal negocio. Se va a morir después de todo. No tiene remedio.
La mujer: ¿Qué piensan hacer?
El hombre: Nada. No existe palabra mejor. Aspirinas, inyecciones, cuartos. Y ver como se pudre y se retuerce.
La mujer: ¿Es cruel! ¿Por qué siempre piensas lo más malo?
El hombre: No empieces a reprocharme cosas.
La mujer: Debemos olvidar. Hablemos de otra cosa.
El hombre: Nos posamos la vida tratando de hablar de otra cosa. Vamos a mirar el juego de cuarto. Vamos a acostarnos.
La mujer: No, del juego de cuarto no. De otra cosa.
El hombre: Vamos a inventar un juego.

Un juego. Así lograremos distraer-
nos.

El hombre: El juego de las cosas des-
aparecidas.

La mujer: No empieces con ideas ex-
trañas. Me debí haber casado con
un hombre normal.

El hombre: *Impulsado por el mal.* Te
vendaré los ojos. *Le venda los ojos.*
Yo cerraré los míos. Entonces pen-
saré en algo que puede desaparecer
y tú lo adivinas.

La mujer: No me gusta ese juego.
¿No es posible pensar en algo dis-
tinto?

El hombre: Cuando te quiten la ven-
da ya habrá desaparecido.

La mujer: *Sin gestos que afirmen lo
que dice.* Camina a tientas. Me nie-
go a jugar. Es un juego terrible.

El hombre: Juegas. Yo estoy pensan-
do en algo que pueda desaparecer.
Pausa breve. Ya lo he pensado

*Ella se va acercando a tientas
hacia la puerta.*

La mujer: No quisiera que desapa-
reciera el cuadro de la sala.

El hombre: Eres tonta. No es eso.

La mujer: El juego de comedor no.

El hombre: Tampoco

La mujer: Los vasos... Tal vez sean
los vasos.

El hombre: No te das cuenta. Es
obvio. Es una trampa.

La mujer: ¡El juego de cuarto! An-
gustiosa. ¡El juego de cuarto! Se
quita la venda.

El hombre: *Riendo y sujetándola por
la muñeca.* Es una broma, una bro-
ma-nada más.

La mujer: *Sajándose.* Me lastimas.
Me aprietas la mano. Me haces da-
ño.

El hombre: Perdóname. No sé lo que
hago.

La mujer: Es necesario que te cal-
mes. Yo estoy nerviosa también.

El hombre: Me tengo que ir para el
trabajo.

La mujer: En seguida te sirvo. Movi-
miento como quien va a ejecutar
una acción, pero queda detenida a
mitad del trayecto.

El hombre: No sé como voy a tener
ánimo para trabajar.

La mujer: Es cierto. Es terrible todo
esto.

El hombre: Yo quiero que se muera
pronto.

La mujer: No digas eso. Quizás ella
quiera vivir más tiempo.

El hombre: ¿La has visto bien? El la
ha torcido por dentro.

La mujer: No te pongas así. Dios se
encargará de todo.

El hombre: ¿Por qué no se apresura?
¿Por qué la tiene viva aún? Estoy
cansado, cansado del trabajo y de
todo esto. No hago más que pen-
sar en Madrina.

La mujer: Debes tener fuerza para lo
que ha de venir.

El hombre: ¿Lo que ha de venir?
Pausa. Es tarde. Debo irme. Voy a

- llegar tarde. Se levanta, se mueve decidido, la acción no llega a realizarse. Ella lo detiene con una charla absurda.*
- La mujer:** Tiene gracia, ¿pero has visto que no se puede apagar la luz del cuarto?
- El hombre:** Hay que hacerlo. Subirá la cuenta de la luz.
- La mujer:** Llamaré a la Compañía para que vengan a ver de que se trata. En esta vida hasta los misterios tienen una explicación física o química. Eso me hace reír.
- El hombre:** ¿Has tratado de apagarla?
- La mujer:** Dos veces, pero ha sido inútil.
- El hombre:** Debes insistir. ¿Para qué?
- La mujer:** ¿Para qué? Después de todo no la apagamos nunca. Le tenemos miedo a la oscuridad.
- El hombre:** ¿Cuántos plazos hemos pagado ya?
- La mujer:** Tres plazos, ¿No te parece increíble y maravilloso?
- El hombre:** Es increíble que ella haya durado tanto. Cuando vi la radiografía creí que no iba a durar un mes.
- La mujer:** Así es la vida...
- El hombre:** ¿Crees que podamos pagar todo el juego de cuarto?
- La mujer:** No te preocupes por eso. Después de todo no tiene importancia. Ya ves como son las cosas...
- El hombre:** Pero tenemos que tener un juego de cuarto, una casa, un techo, un radio. Es inevitable. Una verdadera pesadilla. Para después morirnos.
- La mujer:** No te dejes deprimir. Tienes que tener fe.
- El hombre:** Ya no la tengo. Cuando compramos el juego de cuarto yo era el primero que te alentaba, ahora me tiro de los pelos. Efectivamente, tenías razón. Eso es inexplicable.
- La mujer:** Pero ya ves como vamos pagando. Ya estamos a fin de mes y ya estamos a punto de pagar nuevamente.
- El hombre:** ¿Crees que nos dará tiempo?
- La mujer:** ¿Tiempo?
- El hombre:** Yo la noto desmejorada por día. Hoy estaba muy pálida y tenía los labios resecos. Cada día está más delgada.
- La mujer:** No pienses más en ella. Al menos, las aspirinas la calman. Es un consuelo.
- El hombre:** Siente mucho dolor por la noche, al irse a acostar. Después se duerme y pasa bien las noches.
- La mujer:** ¿No te parece mejor hablar de otra cosa? ¿Cuándo podremos comprar las lámparas?
- El hombre:** ¿Ya vinieron todos los cobradores?
- La mujer:** Vino el cobrador de la luz. Falta el gas.
- El hombre:** Al menos las aspirinas no cuestan mucho. Me duele la cabeza. Creo que se me parte.
- La mujer:** También pasaron el recibo de la casa.
- El hombre:** Quizás tengan que ingresarla, pero ella no querrá.
- La mujer:** En el fondo sería lo mejor. Estaría mejor atendida. Una enfermera siempre hace mejor las cosas.
- El hombre:** Ya hace tres meses que me dieron la noticia y me parece que hace un siglo. Yo no creía que iba a poder vivir un día más, pero vive aún, respira, aún respira.
- La mujer:** Debes pensar en otra cosa. No haces más que pensar en eso.
- El hombre:** También pienso en las cuentas. En lo que debemos todos los meses. En el juego de cuarto. A veces creo que ese juego de cuarto me va a sacar la vida.
- La mujer:** Tengo esperanzas en que se pueda pagar.
- El hombre:** ¿Y ella? Mi mamá vendrá a vivir con nosotros después que ella se muera.
- La mujer:** Todo se resolverá.
- El hombre:** Entre risas. Ahora eres tú la que lo dices.
- La mujer:** ¿No puedes tener alguna esperanza?
- El hombre:** Ella no puede salvarse.
- La mujer:** Resígnate. Es necesario.
- El hombre:** ¿Sabes tú lo que cuesta una bóveda?
- La mujer:** ¿Para qué hablas de eso?
- El hombre:** Es necesario. ¿Por qué vamos a engañarnos?
- La mujer:** No debemos pensar en eso desde ahora.
- El hombre:** De todas formas may que hacerlo. Es una estupidez. Ella respira todavía pero ya hay que hablar de una bóveda. No debemos dejar las cosas para última hora.
- La mujer:** Otra cuenta. No sé como vamos a pagarla.
- El hombre:** Ya veremos.
- La mujer:** ¡Ya veremos! ¡Ya veremos!
- El hombre:** Quizás la podamos comenzar a pagar después que terminemos de pagar el juego de cuarto.
- La mujer:** Uno nunca acaba. Primero, el refrigerador; después el juego de comedor y de cuarto. Se va llenando la casa poco a poco.
- El hombre:** Llama mañana por teléfono y averigua algo sobre la bóveda.
- La mujer:** No pude comunicar. El teléfono de tu prima no comunica.
- El hombre:** Tienes que volver a llamar mañana.
- La mujer:** Al fin pudo comunicar. Llamé a la funeraria. Las venden a plazos.
- El hombre:** Comienza una farsa absurda de extraño regocijo. ¿No te parece cómico?
- La mujer:** Yo estuve a punto de echarle la carcajada en la cara.
- El hombre:** Me dan ganas de reír. La vida tiene cosas de loco.
- La mujer:** Entre risas. ¿Sabes de qué me acuerdo? De eso que dice: "Un minuto para comprar y un año para pagar".
- El hombre:** Uno se acuerda de esos anuncios.
- La mujer:** O de ese que dice: "Compra en diciembre y pague en febrero".
- El hombre:** Recordando. Hay otro... "Compra más barato con plazos más largos".
- La mujer:** Sin poder aguantar la risa. Es algo risible. Realmente lo es.
- El hombre:** Riendo a su vez. Estaremos pagando aunque nos estemos pudriendo. Yo pediré que me entierren con el juego de cuarto.
- La mujer:** ¡Eo ha de salirte un poco más caro.
- El hombre:** Nos podemos morir en un instante, pero nos dan años para pagar el lugar donde seremos enterrados. Dan facilidades.
- La mujer:** Es hora de dormir. Es tarde. Nos hemos divertidos bastante esta noche.
- El hombre:** Hacia tiempo que no nos reíamos tanto.
- La mujer:** Estoy cansada. Mañana hay que levantarse temprano.
- El hombre:** Tienes razón. ¿Qué horas?
- La mujer:** Son cerca de las doce. Tengo sueño. Ella se dirige al cuarto. Después se detiene.
- El hombre:** El esta sentado en una silla, como dormido. Ahora ella se estará acostando.
- La mujer:** Es una pesadilla. Estás soñando.
- El hombre:** Quizás la aspirina le esté haciendo efecto y la calma.
- La mujer:** Seguro que sí.
- El hombre:** Entre sueño, el cuerpo flácido en la silla. Hoy no la tuvieron que inyectar. Ella aguanta.
- La mujer:** Sí, aguanta.
- El hombre:** La tienen que ayudar a acostarse. Todo le duele. Cada movimiento le duele.
- La mujer:** Calla. Tengo miedo.
- El hombre:** Se acuesta. Sobresaltado. ¿Quién apagó la luz del cuarto?
- La mujer:** Calla. Nadie. Te he dicho que nadie la puede apagar. Hay algo que no funciona bien.
- El hombre:** Yo he visto como la han apagado.
- La mujer:** ¡Despierta! ¡Despierta! Te has quedado dormido. Estás demasiado cansado. Mañana no podrás ir al trabajo. Es una pesadilla.
- El hombre:** Como quien despierta de un sueño sobresaltado. ¿Cómo? ¿Por qué no estamos acostados?
- La mujer:** ¡Vamos a acostarnos. De pronto, estabas tan cansado que te quedaste rendido ahí. Entonces te dió una pesadilla.
- El hombre:** No me acuerdo de nada.
- La mujer:** Es mejor así.

El hombre: Estoy cansado. Me duele todo el cuerpo.

La mujer: Después de todo apenas disfrutamos de la cama.

El hombre: Vamos a acostarnos. Ya es tarde.

La mujer: No puede ser. Ya es demasiado tarde. Amanece.

El hombre: Es cierto. Tengo que irme para el trabajo. Prepárame el desayuno. ¿Te has dado cuenta como pasa el tiempo?

La mujer: Pasan los días y uno no se da cuenta.

El hombre: Apúrate. Voy a llegar tarde al trabajo. La misma actividad inútil, tronchada, que no llega a consumarse.

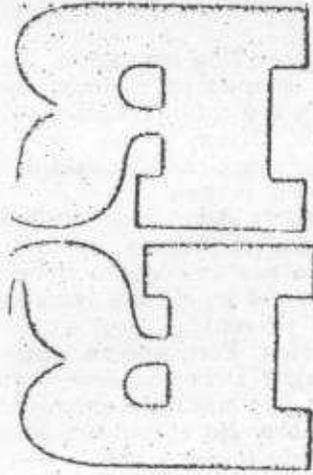
El hombre: Tocan a la puerta.

La mujer: Enseguida voy a abrir. Ella se mueve, corre tal vez, pero no hace ningún movimiento concreto, definido, de abrir una puerta sus movimientos no tienen lógica, pero se mueve.

El hombre: ¿Quién era?

La mujer: Un cobrador.

El hombre: ¡Inevitable! ¿Es que esos señores no se cansan? Se pasan la vida tocando a las puertas de las



casas.

La mujer: Es su trabajo. ¿Qué quieres que hagan?

El hombre: Nadie puede escapar de un cobrador. ¿Has visto gente más persistente y obstinada? Son empecinados y tercos. Los detesto.

La mujer: No hables así. Ellos no tienen la culpa.

El hombre: Se prestan a todo. Y, ¿te has fijado? Si falla uno mandan a otro. Es una cadena inescapable.

La mujer: ¡Piensas cada cosa! Tu cerebro nunca descansa.

El hombre: Nosotros nos vamos a morir. Todo pasa. Las generaciones pasan, pero los cobradores permanecen.

La mujer: Con cierta risa forzada. Me haces reír. Le encuentras gracia a todo.

El hombre: A veces opinas lo contrario.

La mujer: ¿De veras? Será que no me doy cuenta. ¡Uno es tan extraño! Uno envejece y no se da cuenta. También cambiamos por dentro. No me hagas caso. Yo no soy responsable de nada.

El hombre: ¿De veras que te pareció un buen chiste?

La mujer: Por supuesto que sí. Tenemos que divertirnos con lo que tenemos a nuestro alcance.

El hombre: ¿Qué te pasa? Hoy estás alegre.

La mujer: ¿De veras? No me doy cuenta, ya te lo dije. Tengo ganas de reír, de divertirme.

El hombre: ¿A dónde podemos ir?

La mujer: A ninguna parte. No tenemos dinero. Estamos a fin de mes y a principios tampoco tendremos.

El hombre: Inventaré un juego.

La mujer: No, por favor.

El hombre: Te prometo un juego divertido.

La mujer: Tus juegos siempre acaban mal. No tiene sentido del humor.

El hombre: Hace un momento me decías lo contrario.

La mujer: ¿Yo? No me hagas caso. ¿Pero tú me haces caso? La gente dice una cosa hoy y mañana se contradice. Eso le pasa a todo el mundo.

El hombre: Pero a algo tenemos que atenernos.

La mujer: A nada. Hoy estoy alegre. Mañana estaré triste. ¿Acaso crees que estoy loca? Pausa. Ya estoy triste. Mi alegría era falsa. Estoy demasiado preocupada por el dinero. ¿Y si nos dejan cesantes? ¿Y las cuentas? ¿Y los plazos que nos quedan por pagar?

El hombre: Mi mamá tendrá que venir a vivir con nosotros cuando ella se muera y tendremos más gastos.

La mujer: Su agonía no termina

nunca. ¿Por qué la muerte viene tan despacio? Es lenta, es brutal.

El hombre: Ella no es ella. Es una llaga. La pinchan. La martirizan.

La mujer: ¿Es posible que esté engañada?

El hombre: No sé. Yo creía que tú creías que yo tenía sentido del humor, pero no era cierto. Un sarcasmo solamente. Por eso no sé si ella lo sabe o no.

La mujer: ¿Era cierto lo que te dije! ¡Te juro que era cierto!

El hombre: No puedo saber a qué atenerme. Yo espero que ella no sepa a qué atenerse consigo misma. Así jamás descubrirá la verdad. Un día se afirmará que es el mal que se extiende por sus huesos, al día siguiente se afirmará a sí misma que no es el mal, que el dolor no es el dolor, que son los nervios. ¡Es tan fácil! ¡Es tan simple! No nos damos cuenta.

La mujer: Hablemos del juego de cuarto. A veces creo que es lo más entretenido.

El hombre: ¿Te has fijado? Mientras más tiempo dure su agonía mejor resultará para nosotros.

La mujer: No hables así. ¿Por qué tienes ese afán de torturarte?

El hombre: Es cierto. Quizás nos dé tiempo a pagar el juego de cuarto. Sólo quedan cuatro meses.

La mujer: No seas cruel contigo mismo.

El hombre: Los entierros cuestan. Cuando ella se muera mi mamá tendrá que vivir con nosotros y tendremos más gastos. No tendremos para pagar el juego de cuarto.

La mujer: No podemos perderlo.

El hombre: Lo perderemos.

La mujer: No, no, ¡basta! Creas en mí un egoísmo absurdo. No quiero ser así. Es estúpido aferrarse a los objetos.

El hombre: Los objetos se aferran a

nosotros. Son serpientes. Nos suettan cuando ya estamos muertos. ¡Y es tan estúpido! ¡Nos afanamos tanto! Creemos que son nuestros cuando son ellos en realidad quienes nos poseen.

La mujer: Arrastrada, enloquecida. ¡Es cierto! ¡Tienes razón! A veces siento que la cómoda tiene brazos y que el espejo me absorbe. ¡Viven! ¡Viven!

El hombre: Pero uno se muere.

La mujer: Debemos deshacernos de ellos. Son nuestros enemigos.

El hombre: No es posible, ya es demasiado tarde.

La mujer: No me había dado cuenta. He estado ciega todo este tiempo. Hay que hacer algo.

El hombre: No podemos hacer nada. Es inútil.

La mujer: Comienzo a detestar ese cuarto. Es demasiado, nos cuesta demasiado.

El hombre: Perderíamos dinero si nos deshacemos de él. No tiene remedio. Han sido muchos sacrificios.

La mujer: No ha sido más que una trampa.

El hombre: Hay que sonreír y resignarse. Para los dolores de cabeza están las aspirinas. Además, hay inyecciones, calmantes.

La mujer: ¿Cómo eres capaz de acarlo todo así?

El hombre: ¿Qué voy a hacer? Hay cosas que no tienen remedio.

La mujer: Pero hay otras que lo tienen. No vamos a pasarnos la vida en esto. Un día llegará en que todo tendrá su solución y su salida.

El hombre: Es cierto, pero ella se va a morir y es inevitable.

La mujer: Eso es otra cosa. La muerte es otra cosa.

El hombre: Me llaman de mi casa. Debe haber pasado algo. Voy enseguida.

La mujer: Debes calmarte. Es necesario que ella no se dé cuenta de nada.

El hombre: No se dará cuenta. Te aseguro.

El se mueve hacia un extremo del escenario. Queda inmóvil.

La mujer: ¿Que ha pasado?

El hombre: Nada. No ha pasado nada. Hoy no ha podido levantarse de la cama.

La mujer: Yo creo que ya falta poco.

El hombre: Vamos a jugar. Necesito hacer algo. No puedo quedarme así inactivo.

La mujer: No me atormentes. No quiero jugar esos juegos terribles.

El hombre: Es necesario. Tienes que ayudarme. Es necesario jugar días tras día y pedir. Quizás Dios nos oiga. La vida está llena de misterio, inexplicables.

La mujer: Me obligas. Estoy en contra de tus ideas.

El hombre: Venda sus ojos. Te vendaré los ojos. Yo cerraré los míos y pensaré en algo que pueda desparecer.

La mujer: Ya lo sé. Yo tengo que advertirlo. Ligera. ¿Cómo sabré que nos haces trampa?

El hombre: Es un juego honesto. Todo depende de tu confianza en mí.

La mujer: Es fácil. Recuerdo la otra vez. Era el juego de cuarto. Ya no me importa porque te dije que comenzaba a detestarlo.

El hombre: Te equivocas. Esta vez no es eso. Sería demasiado fácil. Se valen seres humanos.

La mujer: Se acerca a la angustiada. No puedes ser tú. Júrame que no puedes pensar en ti mismo. No podría vivir sin ti.

El hombre: Podrías. Pero no te asustes. No he pensado en mí.

La mujer: No me gusta el juego, te lo dije. No quiero jugar más.

El hombre: Tienes que seguir jugando.

La mujer: No diré jamás de quien se trata. Para mí sería como un crimen.

El hombre: Habla, tú sabes de quien se trata. Una sola palabra y desaparece. Es un bien. Es mejor que muera pronto para que no siga sufriendo.

La mujer: Quizás ella quiera vivir.

El hombre: ¡Habla!

La mujer: Con desesperación. ¡Es ella! ¡Es ella! Se quita la venda.

El hombre: Tal vez esté muerta. Dios quiera que se haya cumplido mi deseo.

La mujer: No sabes lo que dices. No tenemos dinero para pagar el entierro. Yo no sé qué haremos.

El hombre: Algo tendremos que hacer. Ya veremos.

La mujer: ¡Ya veremos! ¡Ya veremos! Lo dice con risa histérica.

El hombre: ¿No te das cuenta? Es una farsa para pasar el rato. Después de todo, todo depende del mal. Tomas los juegos en serio.

La mujer: ¿No oyes voces otra vez? ¿Como si alguien te llamara?

El hombre: Es de mi casa. Todos están desesperados. Mi tía tiene miedo. ¿Quién estará con ella cuando se muera?

La mujer: ¿Es un acertijo?

El hombre: Haremos apuestas.

La mujer: Perderás. La mala suerte nos persigue y nos nos deja tranquilos.

El hombre: Quizás gane y pueda pagar el entierro. Necesito sacar dinero de alguna parte.

La mujer: Podremos pagar después. Ya nos quedan dos plazos del juego de cuarto. Ya es casi nuestro. El tiempo ha pasado en un abrir y cerrar de ojos.

El hombre: El tiempo ¡Ella ha sufrido tanto durante este tiempo! Es una enfermedad terrible, implacable. Y es terrible verla condenada, próxima a una ejecución inevitable. ¿Cómo la vida puede ser así? La vida misma no tiene corazón, es una roca. Nadie puede hacer nada. Ver que a cada instante se



Ilustraciones de Fornés

- reduces su vida a un leve respirar, a un ronquido hondo e inexplicable; y ver y callar.
- La mujer:* ¿Cuándo podremos olvidarla? ¿A qué hora podremos divertirnos?
- El hombre:* Llaman a la puerta. ¿No has oído?
- La mujer:* Es un cobrador. No te asustes. El mes que viene nos darán la propiedad, gracias a Dios.
- El hombre:* ¿Ya vino el cobrador de la luz?
- La mujer:* No ha venido todavía, pero ya pasó el gas. Este mes gastamos menos de gas.
- El hombre:* ¿Habrá siempre que pagar cuentas?
- La mujer:* Algún día vendrá un mundo maravilloso que no tendrá cobradores.
- El hombre:* Con algo habrá que pagar te lo aseguro.
- La mujer:* Jamás volveremos a escuchar ese toque a la puerta. Ese día... Entonces la gente será verdaderamente libre...
- El hombre:* Tengo que ir al trabajo.
- La mujer:* Es verdad. Me olvidaba. El trabajo. Gracias por recordármelo.
- El hombre:* Estoy cansado. Apenas tengo fuerzas para ir a trabajar.
- La mujer:* Tienes que ir al trabajo. No queda otro remedio.
- El hombre:* Es cierto. Se pone de pié y camina. Temo que al pasar por casa me den la noticia.
- La mujer:* Algún día tendrá que suceder. Debes guardar fuerzas para ese momento.
- El hombre:* Los vecinos hacen apuestas sobre su muerte.
- La mujer:* Eres loco. No me sigas atormentando con cuentos fantásticos.
- El hombre:* Todo el mundo quiere jugar y cambiar la suerte. Es el único modo de cambiar las cosas. Apostaré.
- La mujer:* No lo hagas. Perderemos el dinero. No tendremos suerte.
- El hombre:* Quizás muera cerca de las tres. Cualquier hora es buena para ganar.
- La mujer:* ¡No lo hagas! No debemos jugar con la muerte. La muerte es más cruel que los hombres. Hay cosas sagradas que deben respetarse.
- El hombre:* Pagaremos el entierro con ese dinero. La bóveda la pagaremos a plazos.
- La mujer:* ¡Si alguien te oye pensará horrores de ti! ¿Por qué quieres aterrorizar lo que no es cierto.
- El hombre:* No tengo ánimo para enseñar mi rostro. Vamos a dormir. Necesitamos descansar un poco.
- La mujer:* ¿Pensar que el juego de cuarto es casi nuestro!
- El hombre:* Sí, ya somos casi de él.
- La mujer:* Lo hemos pagado a costa de grandes sacrificios.
- El hombre:* Es lo más ridículo de todo. Nos hemos sacrificado durante ocho meses por un pedazo de madera.
- La mujer:* No hables así. ¡No destruyas nuestro esfuerzo!
- El hombre:* Tú misma me dijiste una vez que comenzabas a detestarlo. ¿Has cambiado de idea?
- La mujer:* Fue un momento de desesperación y de locura. Es nuestro juego de cuarto. ¿no te das cuenta? Es algo más que un pedazo de madera. También es parte de nosotros.
- El hombre:* Ya es tarde. Debemos dormir un poco. Apenas descansamos.
- La mujer:* Ven. El juego nos espera.
- El hombre:* No quiero. Dormiré aquí en la silla. No me acostumbro a dormir en esa cama, con esa luz que nunca se apaga.
- La mujer:* Amanecerás molido de los huesos. No se duerme bien en una silla. Es cosa de locos.
- El hombre:* ¿Qué es cosa de locos?
- En esta vida todo lo es. Los cobradores son absurdos, pero todos los meses vienen a nuestras casas y nos chupan la sangre, lentamente. Pero nadie dice que es una locura. Yo no entiendo estas cosas de la vida.
- La mujer:* Los cobradores son invenciones de los hombres cuerdos. Tú no lo comprendes porque está más allá de tu capacidad de raciocinio.
- El hombre:* Con ironía. Pagar un juego de cuarto es lógico, sin duda.
- La mujer:* No empieces a destruir nuestra propia obra. Eso no hace más que dañarnos. Mientras pienses así no llegaremos a ninguna parte.
- El hombre:* Déjame dormir, aquí. Es todo lo que quiero. Hablar y razonar también es cosa de locos.
- La mujer:* ¿Por qué no podremos descansar como seres normales?
- El hombre:* No es culpa nuestra. La vida no nos deja. Todo nos cuesta demasiado y cuando llega a nuestras manos está aniquilado, hecho pedazos.
- La mujer:* Pero, lo poco que tenemos...
- El hombre:* ¿Qué hora es?
- La mujer:* Ya son cerca de las tres...
- El hombre:* La apuesta... Tengo que ganar esa apuesta... ¡Ella ha sido siempre tan buena conmigo! ¡Me ha querido tanto! La muerte se la llevará ahora, con su último dolor secreto, para ayudarme...
- El escenario se oscurece. Se acrecienta la luz amarilla.*
- El hombre:* En grito. ¡Basta! ¡Basta! ¡No quiero sufrir más!
- La mujer:* Lo sacude. ¡Despierta! ¡Despierta! ¡Es una pesadilla!

El hombre: ¡No quiero más! ¡No quiero más!

Las luces se aclaran.

El hombre: como si despertara sobresaltado. ¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado ahora?

La mujer: Nada. No ha pasado nada. Te quedaste dormido cerca de las tres, en esa silla, y te dió una pesadilla.

El hombre: No recuerdo qué soñé. Recuerdos voces entre sueño y que alguien tocaba por la ventana. Después tu voz y que alguien decía que ya se había muerto.

La mujer: Pero eso no ha sido un sueño ¿No te das cuenta?

El hombre: Entonces, he estado despierto todo este tiempo. En este momento no tengo ganas de llorar.

La mujer: No llores. No te desesperes así.

El hombre: No tengo ganas de llorar. No me importa que esté muerta. No tengo corazón. Mi corazón es tan duro como el corazón de la vida misma. Es de piedra y no tiene sangre ni raíces.

La mujer: ¿Por qué no te callas?

El hombre: ¿Qué hora es?

La mujer: Poco más de la tres.

El hombre: Entonces he ganado la apuesta. Ves, mis manos no tiemblan. Ahora ya nadie vendrá a tocar con malas noticias. Ya sabremos que son los cobradores. Nada, más que cobradores.

La mujer: Todo ha terminado.

El hombre: Sí, es cierto, todo ha terminado. La farsa, la comedia, el drama. El entierro quedó mejor de lo que me imaginé. Tuvo un entierro decoroso. Bonito como un juego de cuarto.

La mujer: Y toda ha salido mejor de lo que nos imaginábamos. Nos hemos roto la cabeza por gusto. Todo el mundo puso de su parte y ya se han salido de las deudas del entierro y las coronas.

El hombre: La pobre, ella pidió tan poco antes de morir: inyecciones, calmantes, un poco de agua. Apenas ocasionó gastos.

La mujer: Debemos renacer nuestra vida. Hemos sufrido mucho.

El hombre: Sí, también tenemos derecho a la vida. Algún día tendremos nuestra propia muerte y sabremos entrelacarnos con ella.

La mujer: Mañana cobras.

El hombre: Es cierto. Pagaremos el juego de cuarto.

La mujer: Se nos quitará esa preocupación de la cabeza.

El hombre: ¿No te parece maravilloso el tiempo? Cura las heridas y hace aparecer otras nuevas. ¿Tie-

nes miedo?

La mujer: Un poco. ¡Todo es tan misterioso! Es inevitable tener un poco de miedo.

El hombre: A veces se me ocurren ideas tan terribles que temo decir- las. Temó que esas ideas cobren vida y se opoderen de mí.

La mujer: Es mejor callar. No hacemos nada con llamar el mal.

El hombre: Ahora mi mamá vendrá a vivir con nosotros y tendremos más gastos.

La mujer: Tengo una idea. Es ridícula, tal vez, pero es cierta, inevitable. Tendremos que comprarle un juego de cuarto, al menos, un pequeño juego de cuarto.

El hombre: Ríe falsamente. ¡Es divertido! ¡Es divertido!

La mujer: Tendremos que volver a recorrer las mueblerías como locos. Buscaremos el mejor y el más barato.

El hombre: No sé cómo vamos a pagarlo.

La mujer: Siento que la vida renace nuevamente.

El hombre: Riendo, con entendimiento. ¡Ya veremos!

La mujer: Comprendiendo, entre risas. ¡Ya veremos!

El hombre: No nos queda otro remedio. Aprenderemos a divertirnos en el mal. No podemos reír de otra forma... Reír dentro de la pena.

La mujer: Es cierto. Me siento feliz, alegre.

El hombre: Espero que no cambies.

La mujer: Trataré, pero nunca se sabe. A cada instante otro ser se apodera de nosotros para confundirnos y negarnos la explicación.

El hombre: Estoy cansado. Necesito descansar un poco para volver mañana al trabajo.

La mujer: Mañana cobrarás y volverán los cobradores.

El hombre: Es tarde ya.

La mujer: Esta noche no dormirás ahí. Debes hacer un esfuerzo.

El hombre: Nos ha costado tanto trabajo comprarlo. Una vez me dijiste que te parecía un pulpo que te ahogaba.

La mujer: ¿De veras? No importa. Ya es nuestro y nos pertenece. Debemos seguir hacia adelante.

El hombre: Tocan a la puerta.

La mujer: Es un cobrador. Volverá.

El hombre: Es cierto. Es un ejército.

La mujer: Riendo. No me hagas reír. Les buscasasca a todo.

El hombre: La luz sigue encendida. Cada día tenemos que pagar más electricidad.

La mujer: Sí, es cierto. Está subiendo la cuenta.

El hombre: Es una luz extraña.

La mujer: Sí, es una luz extraña. Quedan inmóviles junto a la puerta, como si fueran a entrar, pero no se puede precisar exactamente.

1300094
SMTG
Seminario Metodista
Joaquín R. M. C. G. G.
Facultad de Teología
CIN-87

